

partes, algunas horas á las labores de la inteligencia; quizá ese mismo hecho de haber contado directamente con la clase obrera, excitando su iniciativa para organizar las enseñanzas; tal vez (en esto insistió) el carácter dado á estas mismas, elemental, apropiado al estado del público y lo más parecido posible al carácter de una enseñanza primaria... de tipo europeo. Mi amigo comparaba el cuadro de los cursos de nuestra Universidad popular con el de otros países; lo encontraba más ajustado á la posición de un público ayuno de cultura y con el cual hay que empear... por el principio (1).

No sé. Pero el hecho, es hecho. Se ha producido, perdura... Es un dato animador. ¿Para cantar victoria?

Locos seríamos si tal hiciéramos. Nos falta una segunda comprobación de que en la masa obrera existe realmente la *perpetua y constante* voluntad necesaria para que la obra no se malogre. Si, como creo, las reformas intentadas en Inglaterra y Francia prosperan, veremos pronto que el público obrero crecerá allí en progresión enorme, sobrepasando los millones de oyentes actuales, en su mayoría de la clase media. Hay que ver si en España ocurre lo mismo, ó si el movimiento se detiene en una minoría (con relación á la masa total) que tiene conciencia de su estado y quiere ponerle remedio. Aunque así fuese, no cabe duda de que esto ofrecería una base admirable para despertar á los más y traerlos á la obra de cultura de la Extensión.

(1) Esta es también la opinión resuelta de E. Kahn en su libro *La question des Universités populaires* (Paris, 1902), en que habla de la Extensión universitaria de Oviedo.

II

La voz de la Universidad

Todos los años, el día 1.º de Octubre, las diez Universidades españolas, al reanudar sus trabajos celebrando la apertura de un nuevo curso, se ponen en comunicación directa con la sociedad, rompiendo su habitual aislamiento, y *coram populo* dicen sus quejas, sus esperanzas, sus propósitos, sus confesiones íntimas, ó revelan alguno de los resultados de la labor de los profesores y los alumnos. Tal es la significación de los discursos llamados «de apertura». Aunque en el turno de catedráticos encargados de redactar esos documentos vayan muchos tan sólo á cumplir un deber reglamentario, que de buena gana rechazarían, si pudiesen, ó á contribuir por simple obediencia á un acto que desdeñosamente califican de pura solemnidad, el efecto en el público (y claro es, sobre todo, en los hombres observadores) es ese que antes decía. Repasando la colección de los discursos aludidos, ó leyendo cada año los de las diez Universidades, una persona medianamente versada en asuntos de enseñanza puede hacer, con gran seguridad, el balance científico y pedagógico de nuestros centros docentes superiores.

Si el discurso versa sobre un asunto técnico—cosa muy frecuente—, dará la medida de la cultura general y especial del profesorado; si se refiere á un tema pedagógico, revelará algo quizá más importante para la orientación de la enseñanza: el modo como la entienden y la practican los encargados de ella.

Inútil creo advertir que un juicio definitivo no cabe

hacerlo, en lo que toca á la primera clase de discursos, con sólo la lectura de los de un año, pues bien puede ser que los autores no representen en aquella ocasión y en todas las Universidades el tipo medio de nuestros catedráticos, sino un tipo excepcional por lo malo ó por lo bueno; y no sería justo que los demás resultasen beneficiados ó perjudicados en el concepto público por haber tenido la fortuna ó la desgracia de que los representase en aquella ocasión el compañero X. Sin embargo, una serie de diez observaciones en una misma fecha, no deja de tener importancia, porque mucha casualidad sería que en las diez Universidades hubiese ocurrido el caso excepcional á que aludo; y así, no es, en rigor, tan temerario como á primera vista parece, el juicio que cabe formar. Reconozco, no obstante, que será mucho mejor hacer lo que se suele en los cómputos de rentas y provechos de una propiedad, trabajo ó industria: ver, por lo menos, los datos del quinquenio último.

Cuando los discursos tocan á la materia pedagógica, el caso varía un poco. Por de pronto, indican que la pedagogía preocupa á más ó menos profesores, lo cual ya es algo. Que éstos hablen de los problemas de la ciencia que cultivan, es cosa tan natural que á nadie puede dar motivo de extrañeza; pero que hablen de la labor común que desempeñan todos, sin que al ser nombrados se les haya exigido prueba de competencia para realizarla, es (por lo menos, en naciones como la española) un indicio de subido interés. Además, por lo común, esos discursos, traten ó no una cuestión concreta de pedagogía universitaria, dejan ver, con ocasión de la doctrina que exponen, el estado real de la enseñanza, pues inevitablemente han de referirse á las deficiencias de ésta ó á sus resultados. Son, pues, en este concepto, los discursos un documento de gran valer, un testimonio de los menos recusables (aunque á veces, por haberles viciado el prurito de originalidad, lo deban ser), una confesión de *parte* que impone la relevación de *prueba*.

Por fortuna, hace algunos años que el profesorado espa-

ñol demuestra interesarse por esta clase de cuestiones, y los discursos de apertura dedicados al examen de ella son frecuentes. Reunidos todos, podría quizá formarse un cuerpo de doctrina, no homogénea (aunque ya existen muchos puntos de coincidencia en el profesorado, aun entre los elementos de él que, en otros órdenes de ideas, no coinciden), pero sí revelador de la orientación general y de los matices ó corrientes diversas de lo que, sin pedantesca intención, podría llamarse la Pedagogía de las Universidades españolas: pedagogía *real*, en cuanto dice cómo se enseña, y pedagogía *ideal*, en cuanto ilustra acerca de cómo quisieran enseñar muchos profesores. En ese sentido, la cosa me parece, no sólo interesante para los españoles de acá, sino para los que, desde lejos, atisban todas las señales del renacer de su patria, con ansia de que sean muchas, y para los extranjeros que andan buscando los signos reveladores de nuestra vida interior y de la psicología de nuestros principales factores colectivos.

Pues bien; si quisiéramos fijar la nota común y más saliente de todos esos documentos, diríamos que consiste en la más paladina confesión de que nuestras Universidades no cumplen el fin á que responde su existencia. El reconocimiento es unánime, franco, y le acompaña, como es natural, una tristeza profunda que, sin embargo, no se traduce siempre en pesimismo. Más bien cabe advertir, en la mayoría, una íntima confianza de que el mal tiene remedio, y un generoso y entusiasta impulso, una voz de ánimo, un grito de combate para que así sea, merced al concurso de todos. Me atrevo á creer que á nadie puedo ser sospechoso de adulación con la Universidad. He dado algunas pruebas de mirar sus defectos frente á frente y de no disimular las más crudas verdades. Con esto, seré creído al decir que, según mis observaciones, es de todo punto indudable que nuestra enseñanza ha mejorado. Todavía vale poco; pero si se la compara con lo que era no hace mucho, el progreso salta á la vista. No han transcurrido en balde veintitantos años desde que inició su propaganda con el

ejemplo la *Institución Libre*, en que las persecuciones de un ministro ultraconservador hizo agruparse á todos los profesores celosos de la independencia de la cátedra y de la seriedad de la función docente. Á pesar de algunos retrocesos parciales, de la pérdida de algunos grandes profesores, en conjunto, la influencia de las ideas reformadoras ha producido sus naturales efectos; y no es de los menos significativos ese de que el profesorado reconozca sus deficiencias y sus culpas—amén de las ajenas—y procure enmendar las unas y que el Estado y la sociedad se corrijan de las otras. Por esa experiencia alentadora encuentro muy justificadas las esperanzas de los más acerbos críticos de la situación presente. Creo que hay ya en el profesorado—á pesar de la mucha obra muerta que arrastra y arrastrará siempre—elementos bastantes para un cambio radical de vida. Mi único temor es que esos elementos resulten ahogados á la postre por la terrible presión del medio social, ignorante ú hostil, en que se mueven, y por la indiferencia de los políticos gobernantes y no gobernantes, que casi siempre contradicen con sus actos la palabrería encomiástica de la enseñanza, de que son muy pródigos. Una de las muestras más desconsoladoras de lo que representan esos dos factores contrarios al progreso de la Universidad, la veo en los estudiantes mismos—de cuya *psicología* ya hablé en otra ocasión—y en la mayoría de la prensa, débil ante las algaradas y patrocinadora por igual de las peticiones justas y de las injustas.

En el presente año se han leído varios discursos de apertura de tema pedagógico. Daré cuenta de tres de ellos: el del señor Simonena, catedrático de la Universidad de Valladolid (facultad de Medicina); el del señor Castell, de la de Valencia (facultad de Ciencias), y el del señor Aranzadi, de la de Barcelona (facultad de Farmacia).

El señor Simonena ha tratado de *La intensión universitaria*, como opuesta á la extensión, definiéndola como «el trabajo intensivo interno llevado á cabo por la Universidad con el fin de alcanzar el mayor rendimiento científico»; á

la manera—añade—que «se llama en agricultura cultivo intensivo el que tiene por objeto la máxima producción de que es capaz un terreno». El señor Simonena desenvuelve su tesis en los siguientes tres puntos: Preferencia de la intensión universitaria; necesidad de la misma; manera de llevarla á cabo. Creo que no haya en el profesorado español persona alguna que disienta del autor en cuanto á las dos primeras afirmaciones. Podrán algunos disentir en lo referente á la manera, al método y procedimientos para alcanzar esta intensión (y más bien en los pormenores que en la tendencia general), pero seguramente todos han de reconocer que lo primero á que la Universidad viene obligada es á trabajar en su función especial y con su público exclusivo. Hay que hacer ciencia con los alumnos y para los alumnos; hay que enseñar intensamente, con calor, con toda el alma, y hay también que investigar pensando en la ciencia pura que luego ha de reflejarse en la enseñanza y en la vida toda. El señor Simonena cree que la universidad no cumple hoy estos fines, y expone á este propósito (aduciendo el testimonio de otros muchos profesores y de algunos políticos) los defectos actuales de nuestros altos centros docentes. Ya he dicho acerca de esto mi opinión, y no he de repetirla. Dentro de la visible mejora (relativamente á tiempos pasados, pero no muy pasados), la impresión de conjunto sigue siendo desfavorable; pero que en el profesorado haya hombres como el señor Simonena, tan sinceros en la confesión y tan animados para el remedio, me parece gran garantía de progresos mayores.

En lo que creo que el señor Simonena se equivoca, es en ver cómo incompatibles la *intención* y la *extensión* universitarias. Para que convenciese en este punto, sería preciso que demostrase que los profesores de Zaragoza, Barcelona, Valencia, Sevilla, Granada, Oviedo y demás Universidades en que se practica la extensión, han descuidado el cumplimiento de su deber en las cátedras, ó han aflojado en su labor intensiva, y que la enseñanza en esos centros estaba mejor antes que la Extensión se implantase,

que después de implantada. Estoy seguro de que el señor Simonena no lo cree así. Él, que ha viajado por el extranjero, que ha frecuentado las Universidades alemanas, y que ha visto cómo en ellas cada profesor tiene mayor número de cátedras y trabajos universitarios que los españoles, no puede creer que éstos—reducidos á hora y media de explicación diaria, en los más de los casos, con el resto del día á su disposición, ó poco menos—necesiten desatender esa jornada mínima para atender á dar de vez en cuando una conferencia ó un cursillo de extensión universitaria: trabajos que casi siempre se hacen por la noche ó en los días festivos. Yo sé de muchos profesores—y el señor Simonena también—que voluntariamente conceden á la *intensión* universitaria algunas horas más que las nueve semanales reglamentarias, y que pueden, sin embargo, con desahogo, conceder otras á la extensión. Todo consiste en trabajar algo más; pero ¿acaso no es el señor Simonena de los que tienen voluntad para ello y de los que no se asustan de un poco de generosidad intelectual? Dicen que las comparaciones son odiosas. En algunos casos sin duda; pero son útiles y necesarias muchas veces. Si comparásemos el nivel medio de la enseñanza en las Universidades que tienen extensión y en las que no la tienen, ¿cree el señor Simonena que resultarían inferiores las primeras á las segundas? Ni inferiores ni superiores, téngalo por seguro: lo cual probaría que el ejercicio de la extensión en nada ha influido sobre su labor intensiva. No; seamos francos. La causa de que nuestras Universidades no trabajen en su labor interna todo lo que deben y es necesario, está—caso aparte de la deficiencia de medios que el Estado pone á su alcance—en la flojedad, en la tibieza ó en la falta de preparación del profesorado. Cuando éste es como debe ser—y por fortuna no carecemos de ejemplares en esta clase—, encuentra energías y tiempo para trabajar mucho en la obra interior universitaria y colaborar en la obra social de la extensión. Lo que importa es *querer* hacer las cosas. El señor Simonena, que es de los que *quieren* y *pueden*, sería un

admirable ejemplo de lo que digo, si en la Universidad de Valladolid llegase á implantarse la extensión.

El discurso del señor Castell ha tenido por asunto la exposición de algunas reformas importantes en la enseñanza universitaria, y especialmente en la sección de ciencias químicas, que podrían realizarse sin grandes aumentos en el presupuesto de Instrucción Pública. Esta última condición asombrará tal vez á algunos de mis lectores. En España es, sin embargo, obligatoria. El Estado se empeña aquí en considerar la enseñanza, no como un servicio, sino como una fuente de ingresos; y hay que ver la fruición con que la burocracia exhibe los balances de algunas Universidades que arrojan un *superavit* considerable en favor de la Hacienda. Por otra parte, nuestros hacendistas no se preocupan jamás de confeccionar un presupuesto en armonía con las necesidades reales de la nación, sino simplemente de mostrar al vulgo que ahorran, que no gastan todos los ingresos, aunque á la postre resulte que en el último tercio del año económico muchas de las atenciones públicas queden sin pagar por falta de consignación, como sucede con no pocas de la enseñanza. El señor Castell, discretamente, recuerda que vale más ser parco en las peticiones que excesivo (aunque el *exceso* sea justo), porque en el primer caso hay más probabilidad de obtener lo que se pide. El señor Castell cree también otra cosa, en la cual le acompañamos algunos profesores; cree que si el dinero es necesario para muchas de las atenciones de la enseñanza, buena parte de ésta y de lo más substancial de ésta, no depende del dinero, y por tanto que se equivocan grandemente los que aplican la frase de Napoleón sobre los medios de la guerra á la enseñanza. Hay, en efecto, otro factor tan importante y á veces más que la abundancia de medios económicos, y es el trabajo personal del profesor. Aun en materias experimentales como las que el señor Castell estudia, reconoce éste que un maestro verdad hará siempre mucho más en un laboratorio modestamente montado que otro de condiciones inferiores en un laboratorio de gran

lujo. El ejemplo de cómo comenzaron á investigar y cómo alcanzaron algunos de sus grandiosos descubrimientos hombres como Pasteur y Cajal, es suficientemente demostrativo á este propósito.

El señor Castell es de una valentísima franqueza en acusar los defectos personales del profesorado y de los alumnos, en poner de relieve la mucha parte de culpa que en el estado actual de la enseñanza corresponde á estudiantes y catedráticos, y á la sociedad toda, empezando por los padres de familia, que sólo se preocupan de que los jóvenes obtengan pronto y de favor, si es posible, el título académico que para muchos será patente de corso con que naveguen libremente en el mar de los empleos y cargos. El señor Castell insiste en decir que «esperarlo todo del Estado es un sueño de triste despertar». Lo es sin duda; y no sólo porque el Estado se hace el sordo en punto al cumplimiento de sus deberes para con la enseñanza, sino porque mucha parte del remedio lo ha de sacar de sí misma la Universidad.

El discurso del señor Aranzadi examina el valor de las palabras *vulgo* y *ciencia*, y las relaciones entre las cosas que ambas designan. Es, todo él, un jarro de agua echado sobre la vanidad de los técnicos, y un sencillo, contundente alegato en pro de la claridad, de la sencillez, de la modestia en el lenguaje científico. Tentaciones me dan de copiar muchos párrafos de este interesante documento académico. Pero tengo que reducir mi deseo y contentarme con dar á conocer sólo alguno de los más explícitos y *representativos* de la idea matriz del discurso.

«Llevado el pedante—dice el señor Aranzadi—en andas del tecnicismo á ciertas alturas relativas, no comprende, ni siquiera ve, que ante sus ojos trepa el pueblo ejercitando pulmones y piernas y sin tener que limitarse á un único punto de vista acotado por la comandataria.

»La idea de que las gentes que no saben leer y los pueblos sin literatura son como irracionales, á los que hay que enseñar hasta andar en dos pies, es una superstición

literaria muy arraigada entre los que van donde va su clase ó gremio, pero no saben subir donde sube un pastor beocio; siguen por caminos ya trazados con el carro de la cultura clásica, sin enterarse de lo que se pudre dentro de éste, ni de los campos que florecen en rededor; siguen sin enterarse de que la ciencia del Folklore, tan ridiculizada por la pedantería, y la ciencia de la Etnología, negada por ciertos ratones de biblioteca, vienen á demostrar que aquella idea no responde á nada real.»

Y termina con estas discretísimas sentencias:

«Más que el prohiar ansias de pedantería de los tontos, afán de chocar de chicos mal educados y nataciones con calabazas en el mar social, urge el educar á nuestros discípulos en la sencillez y claridad del lenguaje, en la sinceridad, modestia y prudencia del pensamiento científico, en cierta disposición de espíritu á propósito para aprender y estimar el alma que cada pueblo tiene en su almarío, sin necesidad de traspasar la propia.

»Así como el ejemplo y los consejos individualmente repartidos por el cura de almas entre sus feligreses, penetran más hondo en éstos que las pastorales y sermones de Su Ilustrísima, así también penetra más que las conferencias y los manuales la partícula de ciencia que el facultativo puede suministrar individualmente al sumergirse, en el ejercicio de su profesión, en el ambiente familiar del pueblo.

»Eduquemos á los facultativos, no para Quijotes, baratarios ni Tirteafueras, sino para misioneros, que si luego no tienen voluntad ni ánimo para esto, culpa de ellos sea y no nuestra.»

Después de estas citas y de la exposición que he hecho de las ideas de los señores Simonena y Castell, no parecerá ociosa mi esperanza de que la voz de la Universidad española en la apertura del nuevo curso puede interesar á los hombres pensadores y autoriza á creer en la existencia de gérmenes importantes de regeneración.